

REVISTA DE REVISTAS

Ibérica (11 de octubre de 1924, Tortosa), *La línea aérea de Lisboa a la Argentina, y la española de Sevilla a Buenos Aires*.

Con el título «Las líneas aéreas de Francia a la Argentina», se publicó al comienzo del presente año en la *Révue de la Ligue Aéronautique de France*, un artículo en el que se afirmaba que, con objeto de hacer fracasar el proyecto español de línea aérea para dirigibles entre Sevilla y Buenos Aires (*Ibérica*, vol. XVII, núm. 425, pág. 267), había sido presentado a los gobiernos de los países sudamericanos un contraproyecto francés, según el cual se establecerá la comunicación entre Europa y América del Sur mediante dos líneas de aeroplanos, una desde los puertos hasta Dakar y otra desde Pernambuco a Buenos Aires, enlazándose los puertos de Dakar y Pernambuco por medio de una línea de vapores rápidos.

Para impulsar este proyecto se ha constituido la «Compagnie Atlantique de Navegación Aérienne», domiciliada en París y con sucursales en Ginebra, Buenos Aires, Río de Janeiro y otras capitales, y se han dado a conocer los fundamentos técnicos y financieros de esta empresa en un folleto publicado recientemente con el título «Liaison hydro-aérienne Lisbonne-Buenos Ayres en sept jours», del que traducimos a continuación las partes más interesantes.

La primera parte se titula «A tiempos nuevos, fórmulas nuevas», y en ella se establece que, desde el final de la gran guerra, las principales naciones europeas se han esforzado en utilizar, para fines comerciales, los recursos industriales que habían sido creados para la gran guerra aérea, considerando que las naciones que se adelantaran a las demás para explotar las primeras grandes líneas de comunicaciones aéreas, asegurarían por este hecho ventajas considerables, y por esto, cada una de ellas ha tratado de crear por su cuenta grandes líneas de transporte aéreo a lejanos países. La rivalidad entre las diferentes naciones ha hecho que estos proyectos de grandes líneas de comunicación aérea no hayan tomado cuerpo, a pesar de la posibilidad técnica y financiera, hoy día demostrada.

Millones de hombres razonables esperan que la aviación, acelerando considerablemente las relaciones entre los pueblos, cree entre ellos nuevas simpatías, intereses comunes, y trabajase así poderosamente por la paz del mundo, que es la más alta, la más noble ambición que todo ser racional puede concebir.

Antes de presentar nuestro proyecto de enlace aéreo Europa-América del Sur en siete días, fruto de muchos años de reflexiones, de estudios y de sacrificios pecuniarios ya importantes, afirmamos que, si bien creemos servir a nuestro país (Francia) siendo los primeros en acometer este vasto problema internacional, no consideramos su solución más que en armonía con la confiada colaboración de todas las naciones interesadas en la realización de una obra fecunda que dos continentes piden con sus votos.

A fin de proclamar el espíritu esencialmente internacional que preside a nuestra concepción, proponemos establecer el domicilio social y la dirección general de la Compañía en Ginebra, cerca de la secretaría permanente de la Sociedad de las Naciones.

Continúa el folleto haciendo resaltar la posibilidad de regularidad de servicio que se desprende de los grandes *raids*, que aun se vería aumentada estableciendo las líneas aéreas con escalas cada 600 kilómetros, con relevo de aparato y de tripulación en cada escala, viajando noche y día, de modo que cada veinticuatro horas se puedan recorrer 3.000 kilómetros, velocidad comercial muy superior a la de los mejores trenes correos, que recorren en igual tiempo 1.800 kilómetros, y a la de los buques más rápidos que sólo hacen 900 kilómetros por singladura.

Declara después el folleto, que se reserva a los dirigibles comerciales de mañana el transporte de pasajeros sobre los recorridos intercontinentales, que exige comodidades que no pueden satisfacer los aparatos más pesados que el aire, y reconoce que el material volante actual sólo es apto para el transporte del correo y de paquetes postales. Nuestra empresa no es concurrente de los proyectos de explotación por dirigibles, que serán, por el contrario, su complemento normal cuando el perfeccionamiento de estas naves les permita garantizar la seguridad de los pasajeros y la regularidad del tráfico.

Doce compañías de navegación marítima aseguran hoy día el transporte de la correspondencia entre Europa y América del Sur, partiendo, como término medio, un buque correo cada día y en cada sentido. El peso medio diario de los sacos de correspondencia transportada entre Europa y América del Sur es de unas diez toneladas, sin contar los paquetes postales y las muestras que, solamente en el puerto de Burdeos, parten para la América del Sur en cantidad de cinco toneladas diarias.

En vista de estos datos y teniendo en cuenta que la línea aérea Toulouse-Casablanca transporta la cuarta parte del correo total, se supone que la línea aérea Europa-América del Sur podrá contar con una tonelada diaria de correspondencia, al precio de dos francos suizos por cada diez gramos de correo o de paquetes postales. Este precio, según el autor del folleto, parece reducido, teniendo en cuenta que una palabra transmitida de Francia a la América del Sur, por cable, cuesta 3'50 francos suizos en tarifa normal, 1'75 en telegrama diferido y 3'25 por radio.

Observando un mapa-mundi—sigue diciendo el folleto—se nota inmediatamente, que Lisboa es el antepuerto de Europa hacia la América del Sur, y por lo tanto de Lisboa debe partir el tráfico postal de la vía hidroaérea que se proyecta. También se ve, mirando el mapa, que el trayecto entre Lisboa y Buenos Aires es, sin que quepa la menor duda, completamente marítimo; por lo tanto, el tráfico ha de ser asegurado por medio de hidroaviones, lo que es una feliz circunstancia, porque las explotaciones por hidroaviones son más regulares, más seguras y más económicas que las de aviones, y además permiten el vuelo de noche en condiciones más favorables. El reciente *raid* España-Canarias con el hidroavión metálico Dornier, ha llamado la atención de los técnicos aeronáuticos de todos los países; puesto que ha demostrado la regularidad que puede tener un servicio de estos aparatos, por etapas medias de seiscientos kilómetros, con una carga comercial de una tonelada.

Como no es posible franquear el Atlántico entre Dakar y Pernambuco en vuelo, asegurando una explotación aérea remuneradora, este trayecto será efectuado por medio de navíos postales que marchen a razón de veinte millas por hora.

Por último, termina esta primera parte, anunciando la partida de una misión organizada por la Compañía, a bordo de un buque especial, para el estudio minucioso de las escalas, y para solicitar el apoyo financiero de todos los que creen en el progreso por la paz de los pueblos, a fin de no tener que gravar con nuevos gastos los presupuestos de las naciones interesadas.

En la segunda parte de este folleto, se explican los fundamentos técnicos y financieros de la empresa. El propósito es crear una sociedad internacional por acciones, con capital de 110 millones de francos suizos y se reservarán a la Sociedad de las Naciones bonos privilegiados, sin valor nominal, pero que producirán intereses por valor de cinco millones anuales estos bonos tienen por objeto reservar a la Sociedad de las Naciones la posesión de la mayoría de las acciones, para evitar que una sola nación o un grupo de ellas pueda adquirir la preponderancia sobre las demás, en la dirección y administración de esta empresa.

Viene a continuación un cuadro de gastos e ingresos anuales, que se supone regirá a partir del tercer año. Los gastos de explotación de los hidroaviones postales, comprenden los de amortización del material volante en doscientas horas por aparato, amortización de las construcciones en treinta años, amortización de los útiles en diez años, gastos de personal, combustible para los hidroaviones, aprovisionamiento interior y gastos generales, dando un total de algo más de setenta y ocho millones.

La explotación de los navíos postales se estima en 11 millones, y los intereses de las obligaciones (6 por 100), acciones (10 por 100) y bonos para la Sociedad de las Naciones ascienden a 22 millones. El total de los gastos es de 112 millones, siempre en francos suizos. Los ingresos, casi en su totalidad constituidos por las sobretasas de las cartas transportadas, se calculan en unos 144 millones; por lo cual resulta un beneficio líquido de 32 millones anuales. Este beneficio sería repartido, parte en dividendos para los accionistas, y parte en sufragar los gastos de estudios técnicos encaminados al perfeccionamiento de las aeronaves comerciales y a la creación de otras diferentes explotaciones de interés mundial.

Termina el folleto con el horario de marcha, por la cual se ve que de Lisboa a Dakar se tardará 22 horas 40 minutos, de Dakar a Pernambuco 90 horas, y de aquí a Buenos Aires 35 horas. El viaje total (contados los trasbordos) será de 148 horas y media (6 días y 4 horas y media) suponiendo que una hora bastará para las escalas intermedias, que son 16, según se ve en el adjunto mapa. También se hace notar que, aunque los hidroaviones partirán con servicio diario, los navíos postales sólo lo harán cada dos días, por lo cual el correo efectuará el recorrido total, alternativamente, en 6 días y unas cinco horas o 7 días y unas cinco horas, según se enlace o no con el vapor del trayecto Dakar-Pernambuco.

Dice también el folleto que tanto el balance de gastos e ingresos, como el horario de marcha, constituyen el resultado de profundos estudios y de una gran experiencia técnica. El autor del mismo invita a las personalidades calificadas a que soliciten de él explicaciones complementarias.

En *Memorial de Ingenieros del Ejército* de septiembre último, se le hacen a

este proyecto francés algunas objeciones muy juiciosas y oportunas, después de resumir lo sustancial del folleto.

Pasemos por alto—dice—la afirmación de que los autores del proyecto francés hayan sido los primeros en abordar el problema de la comunicación aérea entre Europa y la América del Sur, que es muy discutible, pues en España existe otro proyecto de tramitación oficial desde el año 1919, y antes que todo esto, en 1913, el ingeniero español señor Sanchis publicó el estudio y la solución del mismo problema. También creemos que a la consideración de ser Lisboa el antepuerto obligado de Europa en su comunicación aérea con Sudamérica, podrían oponerse razones geográficas y hasta históricas no despreciables, que darían este papel a Sevilla o a los puertos del SW de España.

Respecto al aspecto técnico y económico se le objeta al nuevo proyecto: ¿qué grado de regularidad de servicio se puede esperar del recorrido en 17 trayectos parciales que hará el correo aéreo desde Lisboa a Buenos Aires? Y en resumen se concluye que, cada cuatro días, lo probable es que en uno por lo menos se pierda la correspondencia.

Otra duda se la sugiere, al experto analizador del folleto, la explotación del trayecto Dakar-Pernambuco con buques rápidos, pues sería preciso construir buques especiales dotados solamente de carboneras y máquinas (estos buques habrían de tener un radio de acción superior a 1.800 millas a la velocidad de 20 millas, o sea en 90 horas de marcha, y consumirían de 1.500 a 2.000 toneladas de carbón en cada travesía) Y aun así es dudoso que los gastos de esta línea no excedan de los 11 millones anuales que se le asignan.

Finalmente, la tercera consideración que se hace, va encaminada a observar que la duración que el proyecto francés asigna el transporte de correo, que además es problemática, disminuye su eficacia comparada con la del telégrafo, y que la reducción de tiempo con relación al correo marítimo, que viene a ser de 50 por ciento no justifica la elevación del precio del franqueo que el mismo proyecto introduce.

En cuanto a la concurrencia de esta empresa con las que se realicen por medio de dirigibles directos (en lo que parece que se alude al proyecto español, en tramitación oficial, de la línea aérea Sevilla-Buenos Aires), está conforme el técnico perito que hace las objeciones, en que no podría existir; pues, aunque tampoco la línea española estaría exenta de riesgos e irregularidades, la tabla comparativa siguiente da suficiente idea de la viabilidad de uno y otro proyecto, para comprenderlo.

	Proyecto francés Lisboa-Buenos Aires por hidroaviones y buques	Proyecto español Sevilla-Buenos Aires por dirigibles
Capital necesario	300 millones de pesetas	80 millones de pesetas
Precio del kilog. de corresp. .	300 pesetas	112'40 pesetas
Tiempo empleado	6 a 8 días	3 a 4 días
Servicio	alterno-diario	semanal-bisemanal
Capacidad de carga	1 tonelada	11 toneladas
Pasajeros	—	40
Escalas	16	—

Revista de Economía Argentina (Buenos Aires, septiembre-octubre de 1924). *La conciencia nacional* (1), por ALEJANDRO E. BUNGE.

SUMARIO: Introducción.—El sentido económico.—Los intereses colectivos.—El alma nacional.—Desarrollo de la conciencia nacional.—Factores adversos.—Factores favorables.—Índices de progreso.—Privilegios argentinos.—Algunas deficiencias.—Política económica.

Introducción

Con frecuencia el pintor que va extendiendo los colores en la tela, necesita observar el cuadro a mayor distancia. Algo semejante nos toca hacer a los que estudiamos de continuo los problemas nacionales con método realista. Estamos pintando el cuadro de una nación nueva en la cual su raza, su vida económica y sus instituciones se han modificado fundamentalmente y en proceso vertiginoso, que, iniciado en 1870 alcanza su desarrollo completo en 1910. De una Nación que después de diez o quince años de vida estática principia, de nuevo, a dar señales de activo dinamismo para entrar en un periodo de transformación que habrá de delinear sus caracteres casi definitivos.

La conciencia nacional que hubiera nacido sin otro bagaje que el recuerdo de Mayo, de sus clarines y de sus banderas, sería hoy insuficiente. No podemos ahora detenernos en San Martín y Belgrano, ni en Rivadavia, ni en Sarmiento, ni en Alberdi y Avellaneda; tenemos que ir más allá; aun más allá de Mitre, de Roca, de Pellegrini.

¿Qué semejanza hay entre la población de mediados del siglo pasado y la de hoy? No se trata ya de un millón de mestizos, indios, negros y mulatos, entre los cuales se imponía con dificultad el genio de una minoría de sangre europea con predominio español. Trátase hoy de diez millones (2) de hombres de raza blanca que producen y comercian en un solo día tanto como aquel millón en un año. Trátase de un pueblo cuya asistencia escolar, en cifras absolutas, cuyo periodismo y otras expresiones numéricas de orden cultural, representan trescientas unidades por cada mitad correspondiente a aquel pueblo de mediados del siglo pasado.

El sentido económico

La adaptación de una raza al medio en que vive se hace por grados. Si se examina la forma en que los diversos pueblos se han adaptado a los diversos medios geográficos que habitan, se notará que ofrecen diferencias entre sí, a veces considerables. Pueblos hay que desconocen por completo las riquezas de su territorio y que dependen de la economía de otras regiones del mundo en las cuales buscan su inspiración y su forma de vida; no tienen costumbres tradicionales ni recuerdos históricos precisos grabados en su memoria y en su corazón, ni expresiones del arte que mantengan vivo el recuerdo de hechos y de hombres vinculados con su sangre y con su suelo. Otros hay, tan íntimamente compenetrados de las ventajas y los inconvenientes de su medio físico y de sus condiciones morales que han alcanzado lo que podría llamarse el «máximo sentido regional»; sienten una íntima vinculación espiritual con todo lo

(1) Conferencia pronunciada en sesión del Instituto Popular de Conferencias en el salón de actos públicos de *La Prensa* el 1.º de agosto de 1924.

(2) A principios de 1925 habrá principiado la población de la República a superar los 10.000.000 a que alcanzará muy en breve.

que se fué de la región y de la raza, con emoción que desborda y se vuelca en los colores de su pintura, en su poesía, y en sus cinceles, proporcionando a sus obras un encanto insuperable. Otros hay con sentido regional tan profundo y tan extendido, y con conciencia tan precisa de las condiciones propias, que podrían ser considerados dueños de la «Máxima conciencia regional» y, por ampliación del concepto de todas las regiones comprendidas dentro de los límites políticos del Estado a que pertenecen, se les podría considerar dueños de la «máxima conciencia nacional».

No debe confundirse el sentido regional con el apego a la tierra, ni con el culto a las tradiciones y a la propia historia. Tampoco es afición a los productos genuinos, amor a la propia naturaleza, sensibilidad para las bellezas de sus propios campos y ciudades, sus flores, su clima; no es sinónimo de admiración por los sabios, poetas, santos, artistas o guerreros de su raza, en el pasado, ni por los grandes hombres contemporáneos; no se confunde tampoco con el amor patrio. Aunque no es sinónimo de ninguno, participa de todos esos conceptos y a todos los reúne y sintetiza.

El sentido regional conduce al bienestar individual y colectivo porque mueve al hombre a utilizar con eficacia los bienes de la naturaleza que lo rodea multiplicando los objetos de producción.

El sentido regional, además de contribuir al progreso económico, proporciona noble motivo de solaz espiritual, de refinamiento, de sensibilidad progresiva, porque conduce al amor, a la tradición, a los recuerdos de lo bueno y de lo bello del pasado. El sentido regional es fuente de experiencia, de amor y de bienestar espiritual. Es el camino de la cultura genuina que nace de las propias entrañas de la región y de la raza.

Hay zonas en nuestro país en las cuales el panorama regional está obscurecido y empañado por el cosmopolitismo, inevitable etapa de nuestro desarrollo. Ha llegado el momento de poner el panorama regional más en evidencia.

Cuando hayan difundido las verdades argentinas cada uno de nosotros podrá decir, con entera conciencia parangonando al talentoso inglés del siglo pasado: «si yo no fuera argentino, desearía serlo».

Los intereses colectivos

Un pueblo que no es sensible a su propio medio, que se siente atraído por el exterior, que llega hasta menospreciar lo propio, es un pueblo sin la fuerza interna para crear su cultura propia, su arte propio, su propia industria. Es un pueblo sin alma, sin el sentimiento de la interdependencia de todas sus partes, sin conciencia de los intereses de la región, ni de los intereses comunes a la propia sociedad. Es un pueblo en el que anida fácilmente el menosprecio recíproco entre los hombres y el menosprecio de los intereses colectivos.

La comparación científica y ordenada de nuestro país con los demás del mundo es un medio excelente para apreciarlo, para conocer su posición privilegiada y para sentirse movido en favor de los intereses generales.

El alma nacional

Si es indudable que tanto las grandes agrupaciones humanas permanentes como las multitudes transitorias, o bien las simples corporaciones de intereses comunes, tienen siempre algo así como una alma colectiva, como un espíritu

propio independiente del de cada uno de los individuos que las forman, y que ellas actúan sobre el conjunto, es indudable también que existe el alma regional y, por extensión, el alma nacional. En unos pueblos ese espíritu propio es sensible a los intereses materiales, políticos o espirituales, comunes, en otros lo es sólo al sonido de un himno o al calor de una bandera, o a la noción de un totem.

El mayor o menor grado del conocimiento y de la justa ponderación de las condiciones sociales políticas y económicas del país define el mayor o menor grado de la conciencia nacional.

Desarrollo de la conciencia nacional

Hay, a nuestro entender, factores que favorecen el desarrollo y la discreta orientación de la conciencia nacional y hay otros que lo entorpecen y desfiguran. Del mismo modo unos obran a favor y otros en contra del sentido regional, del amor regional y el amor a la patria.

Consideramos como factores adversos los siguientes: el desconocimiento del país y de la raza, el error en la formación, la influencia de la imaginación en oposición al realismo, la exaltación desmedida, la denigración y la práctica del menosprecio, el exotismo y el cosmopolitismo, la excesiva pervivencia de determinadas informaciones.

Consideramos como factores favorables el desarrollo de la conciencia nacional, los siguientes: la información verídica, la interpretación realista, el conocimiento regional preciso, el análisis de las riquezas del suelo, de su utilidad inmediata y leana, de los destinos de cada región y del país; el conocimiento de los índices del progreso, la sensación de los intereses colectivos, el espíritu de sacrificio, la heterogeneidad regional, la gravitación de los intereses colectivos, el respeto de los intereses individuales.

Factores adversos

El desconocimiento del país y de la raza es un hecho frecuente, referido a la Argentina, no solamente en el mundo exterior, sino también aquí mismo.

No conoce bien a su raza un argentino que sigue creyendo, como es frecuente, que nuestra raza lleva estigmas imborrables de las sangres india y gaucha, de las sangres mulata y zamba, de la pereza y la arrogancia, olvidando que en los últimos cinco lustros se incorporaban cada año a la vida activa, además de 100.000 a 200.000 europeos, cerca de 100.000 jóvenes argentinos, hijos o nietos de europeos (1). Podía verse en esos años con qué ardor esas nuevas avalanchas humanas, de europeos y de nativos, se dedicaban al trabajo, a producir, a comerciar; podía verse surgir un mar de habitantes con grande y creciente capacidad de consumo y de producción que ha dado origen a una clase media que todo lo llena. Son hijos de matrimonios celebrados en la Argentina entre nativos y personas de todas las razas que nos llegan formando una nueva raza

(1) En los 36 años transcurridos desde 1857, fecha en la cual principia a tener alguna importancia la inmigración europea, en forma constante, hasta 1893, los extranjeros que permanecieron en el país alcanzaron a 1.371.000. En los veinte años transcurridos desde 1894 hasta 1923 llegaron a 2.000.000. En los diez años transcurridos desde 1914 hasta 1923, los que llegaron al país pasaron poco de los extranjeros que salieron de él, con un saldo favorable que alcanza sólo a 126.000.

como fundida en un crisol, que trabaja y progresa. Principia ya a ser anticuado el concepto de la empleomanía criolla y el doctorado. Por cada joven que se dirige en busca de un empleo público, hay ya cien que se dirigen en procura de enseñanza manual y técnica y de trabajo rudo, productivo y útil. Véase con qué avidez aprovechan nuestras generaciones jóvenes las oportunidades de aprender y qué éxito obtienen, con el solo ejemplo de la escuela de mecánicos de la Armada. ¿Que para cada mecánico que permanece a su servicio, cuatro o cinco ex-alumnos salen a trabajar disputándose los las industrias? La solución es sencilla; hágase cinco escuelas iguales, o diez o veinte. Si sobran normalistas y faltan mecánicos argentinos, no es por asunto de vocación, ni de raza, es sólo por un viejo error administrativo. Hoy se nos habla de falta de técnicos; pronto podremos hablar de las excelentes condiciones del técnico argentino, tan pronto cambien estas cosas en esta tierra.

Se ha podido ver cómo ese pueblo que se ganó el calificativo de taciturno se acaba de ganar el de risueño; se habla ya de la Buenos Aires que ríe, que ríe a todas horas y en todas partes. Mañana se dirá esto mismo a todo el país.

Esa pequeña burguesía, esa nueva generación con espíritu de acción y de trabajo, ha llenado las calles de muchas ciudades de la República, ha inundado los cafés, los cinematógrafos, los teatros, las iglesias, los talleres, las fábricas las tiendas, las escuelas y las universidades, desbordando en todas partes, porque su pujanza individual es superior a la de las obras colectivas.

Siguen muchos quejándose de la mala suerte de esta tierra, lamentando no sea la nuestra una raza anglosajona. Olvidan que nuestra raza nueva, ya uniforme, con crecientes rasgos propios y a veces superiores a los de los pueblos anglosajones, ha fusionado la altivez y la hidalguía castellana con la latina y eslava con el realismo sjón, conservando en gran medida la pureza y el recato en sus mujeres, la vida de hogar y otras virtudes que bien valen por las que aún nos faltan y aún podemos adquirir. Olvidan algunos que no tiene nuestro pueblo ninguno de los problemas étnicos de las demás naciones, ni el problema negro, grave en los Estados Unidos y en el Brasil, ni el problema asiático, ni el problema de razas, aunque afines diferentes, que anidan en casi todas las grandes naciones de la tierra. Se olvida que no tenemos ningún problema semejante al irlandés o al catalán o al alsaciano o al polaco o a tantos otros. Olvidan, finalmente, que no tenemos antagonismos ni de religión ni de supremacía.

Digamos, pues, a aquellos que no han aceptado aún estos hechos, que examinen la raza tal como es hoy, porque conocerla será para ellos amarla y trabajar con eficacia para que ni el factor de la inmigración desordenada ni ningún otro la desmejore. Cuando tengan el sentido de la raza, tendrán el amor de su raza.

Algo semejante pasa con el territorio que nos cupo en suerte, al que supimos conquistar con nuestras campañas gloriosas y agrandar palmo a palmo luchando con el desierto y el salvaje amenazante. ¿Se conoce bien su clima, su producción, su fabulosa riqueza en potencia, sus minas, lo que puede producir este suelo privilegiado y lleno de felices sorpresas en toda la variedad inmensa de sus diferentes regiones, lo que puede rendir el esfuerzo humano aplicado a tantas nuevas fuentes de riqueza? Conocer nuestro territorio, beber el sentimiento de nuestro suelo, será aprender a amarlo.

El error en la formación es otro de los factores que hemos señalado como

adversos a la conciencia nacional. De lo que son estos errores en el orden económico y financiero y de sus consecuencias, nos ocupamos de un modo particular en esta misma tribuna hace seis años presentando muchos ejemplos que no habría por qué reproducir aquí. Podemos analizar el tema desde otro punto de vista.

Hace unos diez años un senador socialista de gran talento pronunció un elocuente discurso sobre el «sweating system», el trabajo a domicilio. La lectura de ese discurso nos conmovió. En Buenos Aires existía un régimen tenebroso de explotación de los débiles, enfermos, niños, mujeres indefensas y ancianos por el cual se les obligaba a trabajar en sus domicilios, en pésimas condiciones de higiene, con jornadas de doce o quince horas, recompensadas con salarios mínimos.

Cuál no sería nuestra sorpresa al estudiar los resultados y comprobar que frente a la supuesta jornada de quince horas, la realidad era una queja constante de las obreras a domicilio de que las casas repartían «tan poco» trabajo a cada una a fin de atender a todas, que apenas tenían ocupación para tres o cuatro horas diarias; que frente al tenebroso intermediario del discurso nos encontrábamos con que recibían el trabajo de las mismas grandes casas de confección o fábricas de calzado; que en lugar de niños, ancianos, enfermos y lisiados, trabajaban a domicilio personas entre veinte y cincuenta años, sanas, en su mayoría mujeres que deseaban y necesitaban permanecer en el hogar, y finalmente, que los salarios, a destajo, eran exactamente los mismos de las fábricas. Pudimos comprobar que el trabajo a domicilio en Buenos Aires, en lugar de un medio de explotación tenebrosa, era una bendición, y que constituía un primer jalón para el origen del artesano independiente tan desarrollado en el país. ¿Qué había sucedido? Que el discurso relataba lo que acontece en Bélgica y en algunas partes de Inglaterra, suponiéndose que eso ocurría también en esta capital.

Esto suele acontecer con frecuencia, produciendo la impresión de que se estudia para moldar los hechos a doctrinas preconcebidas y para no deducir las doctrinas de los hechos.

La práctica del menosprecio a todo lo propio es otro factor que daña al sentimiento regional y a la conciencia nacional. Hemos visto en muchos países, entre ellos en el Brasil, una práctica contraria: desechar lo extranjero y preferir la producción nacional. Se tiene, además, el orgullo por sus mejores hombres, se los sanciona y estimula. Los políticos, para ser populares, necesitan fomentar y defender la producción nacional y defender las propias industrias de la competencia exterior.

La afición a lo exótico y el tipo mental cosmopolita influyen también desfavorablemente en la formación del sentido regional y de la conciencia patria. De ello nos hemos ocupado ya en otras ocasiones, recordando que este mal adquiere grandes proporciones en la ciudad de Buenos Aires, ciudad que alberga un tercio de los extranjeros de todo el país, y que tomando en cuenta los varones de más de veinte años que tenía en 1914, la relación era de tres extranjeros por cada argentino. Esta proporción se ha modificado en los últimos diez años. Hoy los nativos de más de veinte años son en Buenos Aires casi tantos como los extranjeros. Creo que debemos procurar que no se destruya en la Capital ese equilibrio alcanzado en los años de «relache» de la inmigración.

No sé si los que desean ardientemente la inmigración sin límites recuerdan que de cada seis extranjeros que habitan en la Argentina, solamente uno se dedica a los trabajos rurales. Las cinco sextas partes de los extranjeros viven en las ciudades. Y no se trata solamente de un hecho desfavorable a la conciencia nacional, sería también nocivo para la economía de la Nación. La colonización contribuirá poderosamente, como con fundamento lo expresa el Poder Ejecutivo, a facilitar la inmigración sin ese peligro de cosmopolitismo urbano.

Factores favorables

Ya vimos hace un momento que así como hay entre nosotros factores que entorpecen la conciencia nacional, hay otros que la favorecen, y he de apresurarme a decir, antes de analizar estos últimos, que en el balance nuestro país sale ganando. Es mucho más lo que obra en favor del desarrollo de estos sentimientos nacionalistas, que lo que obra en contra.

La información verídica y la interpretación realista se abren camino vigorosamente, como un método que se opone a la vieja tendencia a hablar y a proceder por impresión.

El alto periodismo argentino, que tiene tantas condiciones superiores que lo destacan sobre el periodismo universal, entre ellas su alta moralidad e independencia, tiene el culto de la verdad, de la información exacta, del esfuerzo por conocer y difundir los hechos argentinos, en todos los terrenos, con concepto objetivo, independiente y realista.

También el profesorado tiende, aunque en forma un poco vigorosa, a las investigaciones y a la enseñanza positiva.

La mayor y más prestigiosa institución llamada a desarrollar y mantener el espíritu racionalista sano y puro, usa del mismo método, del estudio verídico de los hechos argentinos y su difusión; esa parece hoy la orientación fundamental de la Liga Patriótica.

Todo lo que se haga en ese sentido de la verdad y de la precisión, será en bien de la República y en bien del desarrollo de la conciencia nacional.

Un camino adecuado para el conocimiento real será la difusión de los

Indices de progreso

y me he de permitir recordar algunos en vista panorámica.

La baja mortalidad bien puede considerarse como uno de los grandes índices de progreso. En los últimos treinta años el coeficiente de la Argentina, que alcanzaba a un 25 por mil, se ha reducido progresivamente y casi sin interrupción, bajando el año pasado a 13,6 por mil, con lo cual ha llegado a ser uno de los más bajos del mundo (1).

Los países que tienen la suerte de tener mortalidad baja, no cuentan con natalidad elevada, de manera que el crecimiento vegetativo de la población no aumenta con la disminución de la mortalidad. Los países fecundos tienen mor-

(1) Es el límite favorable alcanzado antes de la guerra por los países mejor organizados, salvo raras excepciones, límite que los Estados que sufrieron la guerra no han vuelto a recuperar después. Para comprender la importancia de este índice bastará recordar que es más bajo, o sea mejor, que el de Alemania, Francia, Bélgica, Escocia, Suecia y otros Estados antes de la guerra, y que pasaban de veinte por mil los coeficientes de España, Italia, Austria y Hungría y muchas otras naciones cultas.

talidad alta. Con una mortalidad que ha bajado a menos de 14 por mil, conserva una gran proporción de nacimientos, manteniéndose en 33 por mil su coeficiente de natalidad. Estos dos hechos combinados producen el mayor crecimiento vegetativo que se conoce.

La mortalidad infantil es la más baja con relación a la natalidad (1).

La nupcialidad, a pesar de la deplorable situación de tres provincias, es de 7 por mil, o sea completamente satisfactoria.

En cuanto a sus condiciones físicas y morales, nada pierde este pueblo en su comparación con los mejor dotados. Sus condiciones, al decir de Roosevelt y otros hombres con autoridad, son las de las buenas razas europeas, aptas tanto para las especulaciones del espíritu como para el perfeccionamiento técnico y para el trabajo especializado que conduce a los más altos grados del progreso. El Argentino se distingue, además, por su rápida comprensión, aun en las cuestiones abstractas, por su fácil adaptación a trabajos difíciles, por su resistencia a las fatigas y su capacidad para vencer obstáculos con elementos de acción incompletos. El europeo mismo ve acrecentar sus fuerzas, ampliarse sus ideas y crecer sus aspiraciones a poco de pisar el suelo argentino, de vivir bajo su clima, de alimentarse con carne y pan blanco, de respirar un ambiente franco y abierto, de igualdad y consideración, libre de la preocupación pequeña, del detalle nimio, del ahorro penoso y de los prejuicios, las taras y los odios ancestrales. Aquí, en esta tierra de sol y riqueza, de trabajo y delpilfarro, de amistad y de vida progresiva, se ensancha su pecho, se afirma su paso, se agranda su corazón y aumenta su capacidad de trabajo y su nivel mental.

Véase, también, el éxito de los argentinos en el box, en el polo, en la natación, en la volación, en el football y en tantas otras expresiones de las condiciones físicas y morales de una raza y se comprenderá que si en veinte o treinta años se ha alcanzado esa difusión y ese progreso, se llegará muy pronto a posiciones culminantes en la confrontación internacional.

Al estudiar el medio físico, al cual hemos aludido hace un momento, nos veremos en un país libre de toda cuestión de fronteras. Encontraremos que el país cuenta con excelentes formaciones carboníferas, en condiciones de explotación económica inmediata, en Mendoza, Neuquen, Jujuy, Chubut, San Juan y la Rioja, aparte de sus poderosos saltos de agua en muchos casos de utilidad equivalente; encontraremos que, además de los ricos yacimientos de petróleo de Comodoro Rivadavia y de Plaza Huincul, existen en Mendoza, Salta, etc., y sin mencionar los explotados, aunque deficientemente desde 1850 en Jujuy; encontraremos el hierro en la Rioja y Jujuy y en las geodas ferrosas de Entre Ríos y Buenos Aires; veremos que es explotable el cobre aurífero de Catamarca y La Rioja, el estaño de Catamarca, el wolfram de San Luis y de Córdoba, la plata de la Rioja, Catamarca y Córdoba, la sal en todas las zonas, los minerales de construcción, como el cemento, la cal, piedras, mármoles y demás, en distintas y extensas zonas de la República. Se verá que nuestra riqueza forestal, que abarca extensas zonas del país, no

(1) Mueren antes de alcanzar un año alrededor de diez por ciento, en tanto que en los demás países civilizados oscila el coeficiente entre ocho y veinte por ciento, bajando de diez solamente cuando la natalidad es baja.

ha rendido sino la utilización del bosque para la leña y el carbón de leña; los durmientes y el extracto de quebracho, cuando por la variedad y la calidad de las especies forestales equivale a las más ricas del mundo. Será fácil observar como el reino animal ofrece amplio campo a la explotación, para textiles, cueros y pieles. Podrá recordarse la variedad de cultivos valiosos y fáciles de realizarse con provecho en nuestro fértil territorio y en nuestras riquísimas zonas subtropicales.

La oportuna asociación del espíritu de empresa y previsión económica de Inglaterra con la concepción genial de los organizadores de este país dió origen a una red de ferrocarriles cuya extensión se aproxima a la de todos los demás países sudamericanos reunidos y cuyos servicios son superiores en calidad a los de muchas grandes naciones.

Es éste un hecho sugerente que demuestra en qué medida excepcional la rectitud, la buena fe y la política de estímulo de los gobernantes argentinos, inspiró confianza a los capitalistas ingleses y luego a los de todo el mundo. Es también un ejemplo de lo que puede la colaboración leal de los pueblos.

Los 36.000 kilómetros de ferrocarril transportan más de cuarenta millones de toneladas al año y más de ciento veinte millones de pasajeros. Son tres índices que referidos a una población de diez millones representan una capacidad económica excepcional.

Nuestra producción y nuestro comercio corresponden a los de algunas poblaciones civilizadas de veinte o veinticinco millones de habitantes. Como de esos índices nos ocupamos muy frecuentemente, no habría para qué distraer vuestra atención con ellos en esa oportunidad.

Tampoco en el orden bancario y financiero nos faltan motivos de satisfacción patriótica cuando se recuerda con qué fundamento el Banco de la Nación Argentina llama la atención en todo el mundo por su desarrollo, su potencia y su buena administración, cuando se recuerda del mismo modo al Banco Hipotecario Nacional, su concepción, su desarrollo prodigioso, cuando se recuerda el pensamiento genial de nuestra conversión monetaria, cuando se compara con la de otras la posición privilegiada de nuestra moneda al extremo de poderse señalar a este país como al de mayor encaje de oro en garantía y como a una de las contadas excepciones de países que en los últimos treinta años no han emitido un solo billete que no fuera la expresión del oro equivalente depositado. Ha llamado también la atención en todo el mundo, que el peso argentino sea una de las monedas que después de la guerra menos poder de compra ha perdido en el propio país.

Véase también como después de veinte años de gastos nacionales «por acuerdo» que llegaron a 83.000.000 se ha sabido reaccionar suprimiéndolos en absoluto en 1923; como este país, después de tantos años de déficits, ha sabido equilibrar su presupuesto en 1923 y probablemente acontecerá lo mismo en 1924. Tengo la convicción de que así como hemos dado pruebas de capacidad en tantos órdenes, les daremos en breve en el orden financiero, es evidente que estamos ya en camino. Es una imposición nacional, el país entero reclama orden financiero y eficacia administrativa, tal como lo ha definido este gobierno nacional en sus planes de acción y como lo ha ejecutado hasta hoy. Es éste otro índice de progreso y espero que pronto podremos señalar su verificación en números.

Es también un índice de progreso el esfuerzo que la Argentina dedica a la educación aun cuando en sus métodos no responda aún del todo a las exigencias modernas. La Argentina gasta 160.000.000 de pesos en instrucción, aumenta cada año la suma, y dedica a la enseñanza 40.000 maestros y profesores.

Véase el resultado de los primeros esfuerzos generalizados en la pintura, la música, la escultura y demás artes, letras y ciencias; el progreso en estos terrenos se precipita ya, apenas comenzada nuestra grandeza económica. No se hace esperar el desarrollo vigoroso de las actividades espirituales.

Nos extenderíamos demasiado, señores, si quisiéramos recorrer todos los índices de progreso. Permitidme, sin embargo, añadir algunos índices que, si son realmente propios de la civilización moderna son de verdadero progreso humano.

Me refiero a la moralidad pública y privada. Compárese científicamente, es decir, confrontando hechos homólogos en distintas naciones, y se verá que la moral de este país está muy por encima de la de una gran parte de los países del mundo.

La Argentina se caracteriza por la moralidad en sus negocios; hemos recibido la sana influencia de Inglaterra. Y por la moralidad y el recato de sus mujeres con la noble influencia de España.

No hay país en el mundo que cuente con una prensa tan moral como la alta prensa argentina, independiente, sana, patriota, veraz. Y si tenemos algo de prensa amarilla e incorrecta, ésta tiene todo el aspecto exótico de una planta traída del extranjero que aquí no prospera.

Desearía señores, no recargar la nota, conviene que tampoco incurramos en un optimismo extremo. Como toda sociedad humana tenemos defectos; aprendamos también a conocerlos, pero a conocerlos con verdad, con precisión, con criterio humano, tolerante y constructivo, y con el fin de moderarlos progresivamente pero nunca para difundirlos a voz en cuello agrandados y exagerados.

Privilegios argentinos

Antes de terminar, trataremos de hacer un brevísimos resumen esquemático de las virtudes o ventajas nacionales que hemos recordado:

Algunos países cuentan con mortalidad reducida, otros con alta natalidad; la Argentina es el único que concilia los dos hechos dando origen al mayor crecimiento vegetativo.

Unas naciones cuentan con el aumento progresivo de la población, otros con la fusión de razas de condiciones superiores, otras con inmigración útil y abundante. La Argentina cuenta simultáneamente con todos esos factores de progreso y es por ello una de las naciones del mundo cuya población aumenta y mejora más rápidamente.

De las condiciones que un pueblo nuevo necesita para alcanzar grandes destinos, algunos tienen territorio extenso con riquezas en el suelo y en el subsuelo, otros tienen clima favorable, otros raza blanca, otros alimentación de pan blanco y carne. Ninguno de los países nuevos reúne en forma tan amplia como la Argentina todos esos factores a un mismo tiempo.

Unas razas poseen imaginación, arte, lirismo, en forma predominante, otras

realismo, objetividad afición al trabajo, perseverancia moral del hogar. Los argentinos han asociado en su raza esas condiciones y presentan un tipo equilibrado excepcionalmente apto para el progreso.

Algunas deficiencias

No he de terminar, señores, sin señalar algunas de nuestras deficiencias siquiera para que, demostrando que no se me ocultan, no pierda en lo más mínimo su valor todo lo bueno que acabo de poner de manifiesto. Me referiré a las tres deficiencias que juzgo mayores en el momento actual: la deficiencia de nuestra *instrucción*, la deficiencia de nuestra *legislación social* y la deficiencia de nuestra *política económica*. No hemos respondido todavía, en estos tres terrenos, a los mandatos imperiosos de la hora. Nos rigen en dos de esas materias las normas de hace treinta años, que si entonces fueron buenas, no responden a la vida argentina de hoy.

Necesitamos instrucción sobria y verídica en contra posición a programas librescos universales y múltiples; necesitamos instrucción vocacional, manual, técnica en todas sus ramas, en contraposición a la instrucción uniforme, guillotinizadora de vocaciones geniales y de especializaciones concretas; necesitamos instrucción práctica, escuelas agrícolas y oportunidades escolares y técnicas para obreros y artesanos; necesitamos más contacto espiritual con las naciones cuya instrucción es como la que este país necesita, con el envío de muchos cientos de becados obreros, técnicos, maestros, científicos o artistas, con preferencia a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania. El país debe secundar todos los sanos esfuerzos que en este sentido hacen la Nación, las provincias, los municipios y la iniciativa privada, cada día mayores. Con todo esto ganará también la formación del carácter en las nuevas generaciones.

En cuanto a la legislación social, hay evidente desproporción entre las buenas intenciones—a veces desorbitadas a influjo del electoralismo—y el uso de los métodos propios de la alta política, mesurados, científicos, y realistas. Véase el ejemplo más reciente. Con el propósito de dictar una sabia ley de previsión social se corre el riesgo de dictar una ley de jubilaciones y pensiones que además de conducir a un notable descenso en el nivel de la vida y en las energías morales de la población, crearía una caja con un déficit demás de tres mil millones de pesos.

Política económica

En cuanto a la política económica, ella fué definida por los importadores y los estancieros hace cincuenta años; el país les debe mucho a ellos y a esa política. Pero se lucha por su supervivencia, aun hoy cuando el país necesita urgentemente algo muy distinto.

Hemos alcanzado un alto grado en la producción ganadera al extremo de que en la cantidad y calidad de las carnes exportables y en la calidad y cantidad de los reproductores, estamos quizá a la cabeza de las demás naciones. De la inmensa producción agrícola mucho debemos esperar aún, muy en particular de la mayor diversidad de los cultivos y de la granja.

Nuestra política, manteniendo y perfeccionando estas grandes columnas y la economía nacional, debe dirigirse, sin retardo y sin vacilaciones, al fo-

mento de la industria, recién en sus comienzos, pero con un campo inmenso abierto a las energías y a la inteligencia de una raza superior y de una población ya apreciable y que crece de tal modo que dentro de 15 o 20 años habrá duplicado.

Debemos convencernos señores, que ésta es la última generación de importadores y estancieros. En la próxima generación, la de nuestros hijos, el predominio será de los granjeros y de los industriales. De los hombres de la gran industria, de la industria media, de los artesanos, de los obreros manuales. De los hombres de las granjas señoriales, de las granjas burguesas o medianas, de las granjas pequeñas de familia, que han de multiplicarse tanto como se multiplican hoy los pequeños talleres de artesanos.

El nivel general de la vida y la capacidad de producción se levanta rápidamente en la Argentina y no se puede manejar ya al pueblo vendiéndole cuentas de vidrios de colores por valor de varios cientos de millones de pesos oro al año ni guiándolo con capataces políticos, como a peones de estancias sin molinos.

Nuestros diez millones de habitantes no quieren ya recibir innecesarias frustrerías en cambio de cueros y lana, quieren producir inteligentemente todo lo que necesitan, quieren dictar su comercio, quieren explotar con sabiduría y coraje las inmensas riquezas de cada una de las regiones de esta heredad argentina. No quieren que su patria siga siendo un país jornalero al servicio de otras naciones; el pueblo de esta joven República ha aprendido y trabajado ya lo bastante para establecerse por cuenta propia en su heredad nacional.

Abrigo la convicción de que pronto, por imposición nacional de este pueblo que va comprendiendo la importancia de sus destinos, hemos de ver en plena acción la política económica que el país necesita hoy. El pueblo tiene ya la sensación de esa política que sus hombres dirigentes y de estado han definido claramente en los últimos años.

Señoras y señores:

Estamos en un momento de trascendencia para los futuros destinos de este pueblo. El niño, guiado por la inspiración de grandes pueblos y de genios creadores, se ha convertido en un hombre fuerte con misión propia y con capacidad para desempeñarla.

La evolución económica actual nos conduce a un nuevo período de progreso quizá el más brillante de nuestra historia. Un sano nacionalismo, discreto y sereno, a la par que claramente concebido y practicado con energía y perseverancia, habrá de tutelar el desarrollo de ese progreso.

Para ello es necesario que todos los argentinos conozcamos bien a nuestro país y a nuestro propio suelo. Tendremos, además, un nuevo motivo de satisfacción en la vida. Todos diremos entonces: si yo no fuera argentino desearía serlo.

Revista Católica de Cuestiones Sociales.—Madrid, Noviembre de 1924.
Sobre los caracteres actuales de la acción social por JUAN DE HINOJOSA.

Desde este mismo lugar hemos hablado del «paro social», es decir del retardo observado en el movimiento social tan vivo y acelerado hace pocos años, de la disminución en la atención prestada a los hechos sociales, y nos hemos

lamentado por ello, porque aun queda no poco por hacer en este orden, y lo que se ha hecho puede y debe ser perfeccionado, y hasta hemos excitado a los católicos a no dormirse, a aprovechar esta tregua relativa, para intensificar el estudio de esta clase de problemas.

No hay que cansarse de repetirlo. Es cierto que gracias a la legislación social y gracias a la asociación obrera la suerte del trabajador ha mejorado notablemente y ya no contemplan nuestros ojos, por lo menos en el mismo grado, aquellos bochornosos espectáculos que acompañaron a la aparición de la gran industria: pero ni la legislación social es perfecta, ni es siempre aplicada con eficacia, ni la asociación obrera abarca a todas las clases de trabajadores, ni es en todo caso lo bastante poderoso para impedir los abusos. Es igualmente verdad que los salarios han subido pero ¿se mantendrá ese alza? Y por otra parte ¿no ha creído en mayor proporción la carestía de la vida?

Existen también cuestiones no sin duda de tan apremiante solución como las relativas a la jornada y condiciones del trabajo o a la cuantía del salario; pero de mayor transcendencia sin género de duda como las que se refieren a la organización profesional con su jurisdicción propia para dirimir las discordias y a la intervención obrera en el régimen de la industria, tan estrechamente enlazada con esta que es preciso estudiar y abordar con criterio cristiano. Y nada decimos de la cuestión de la formación y actuación de los *élites* obreras, ni de la restauración del aprendizaje, ni de los recientes estudios de orientación profesional que tienden a elevar el nivel del obrero y a capacitarse por tanto para las inevitables transformaciones del régimen industrial. Nada tampoco de la implantación y perfeccionamiento de los seguros sociales contra la vejez (retiros obreros) contra la enfermedad, contra el paro forzoso donde casi todo está por hacer todavía, a lo menos entre nosotros. De todo eso, de perfeccionar y dar eficacia a las leyes sociales, previniendo el retorno de la legislación individualista, de capacitar al obrero, de realizar la organización del trabajo y de la industria sobre bases más racionales y justas deben ocuparse los católicos.

* * *

Sin embargo sería un error limitar la acción social católica, como ha venido haciéndole casi exclusivamente entre nosotros, a la clase obrera y a la agrícola (1) ya que la acción social es según la bella definición de León XIII la «benéfica acción de la Iglesia en favor del pueblo» y el pueblo se compone de todas las clases y organismos sociales. Todo el interesante movimiento de organización de las clases medias, todas las instituciones protectoras de los obreros intelectuales, las ligas de compradores, las cooperativas de consumo, las asociaciones de funcionarios y de empleados particulares e igualmente las encaminadas a agrupar a los patronos, a ilustrarles, a darles la conciencia de sus deberes, todo ello debe ocupar la atención de nuestros hombres de acción social como las necesidades de los obreros. También hay en las clases medias «miserias inmerecidas» injusticias que claman al cielo. Tam-

(1) No es preciso subrayar las deficiencias en este punto; compárese el número de obreros católicos asociados con el de obreros socialistas, y júzguese de la enorme cantidad de jornaleros del campo que quedan fuera de nuestras asociaciones agrarias.

bién hay «amos inhumanos» que tienen presos a algunos hombres de esas clases entre las garras de la «voraz usura» de que hablara León XIII.

La acción social no puede, pues, ser puramente obrera. Hay que amar a los obreros; pero sin exclusivismos que podrían parecer interesados. No se camina hoy como pudo pensarse en algún momento hace pocos años hacia esa dictadura el proletariado tan bien combatida por Sertillanges, (1) más aunque así fuera no sería ese un motivo para cohonestarlo. Precisamente si la acción católica fué en el pasado predominantemente obrera es porque los trabajadores manuales eran los más desvalidos, los más necesitados de protección.

Pero la acción social católica no puede hoy tampoco contraerse al orden económico social. Sigue la escuela social católica combatiendo la injusticia usuraria, los abusos de la especulación en sus diversas formas habiéndose publicado en los últimos tiempos interesantes estudios donde a la observación de los hechos sociales se une el conocimiento profundo de la Teología y de la Moral católicas, cuya fecundidad pone de manifiesto enfrente de las nuevas necesidades. (2)

La cuestión del régimen de la propiedad conserva toda su actualidad, habiéndose llegado a la formulación de unos cuantos principios que a los católicos de cada país toca estudiar en relación con la peculiar constitución de cada uno de ellos; pero al lado de estas cuestiones hay otras que solicitan nuestro examen y que trascienden del orden económico-social, entrando más adentro en el terreno de la Sociología general, de la Moral social y del Derecho natural. Así acontece, por ejemplo, con lo relativo a la familia, hoy estudiada en su constitución fundamental, y en relación con las leyes políticas (voto familiar) tributarias, sucesorias, etc., etc. (3). Así sucede con los problemas relativos a la moralidad pública (reglamentación de la prostitución, represión de la pornografía, tutela de la infancia viciosa, lucha contra las enfermedades sociales). Así con la Autoridad pública, con el Estado, cuyo concepto, atribuciones y limitaciones están siendo objeto de estudios considerables por parte de los católicos, como ha acontecido en la última Semana Social de los católicos italianos verificada en Turín hace dos meses. Y es de notar que a la vez que los hechos, y más que los hechos, se estudian las doctrinas, y no es raro ver en las revistas sociales católicas extranjeras artículos y trabajos que se salen notablemente del marco estrictamente social, o más bien económico-social, en que venían moviéndose aquellas publicaciones (4).

No es extraña sin duda a este resultado la restauración escolástica que, iniciada en Lovaina bajo los auspicios del ilustre Cardenal Mercier, ha ganado Francia, donde cuenta hoy con adeptos tan celosos y resueltos como Maritain, donde juristas eminentes como Hauriou reconocen las excelencias

(1) *La dictature de proletariat en Revue des Jeunes*, 25 de abril 1921.

(2) Indicaremos el libro del P. Gillet *Conscience chrétienne justice sociale*. París 1921.

(3) A ello ha contribuido no poco la disminución creciente de la natalidad debida a la introducción de las prácticas neo-maltusianas, en Francia principalmente.

(4) Así vemos en la *Chronique Sociale de France*, últimos números estudiados acerca del *Catolicismo en China* (E. Beaupin), o de las misiones, o sobre la psicología del niño (J. Vialatoux).

del tomismo en sus relaciones con el derecho público (1). No lo es tampoco el resurgir católico que ha visto la sociedad de la post-guerra, que el tardío retoñar del anticlericalismo no ha de conseguir ahogar y cuya realidad no es posible desconocer, aunque coexista con la inmoralidad desenfrenada y con el brutal positivismo que vemos con frecuencia en torno nuestro y que impele a los espíritus un poco elevados hacia la Iglesia como hacia la única fuerza capaz de renovar la faz del mundo.

* * *

Y precisamente por eso, porque la sociedad se halla amenazada en su existencia, y no principalmente por los que sueñan con alterar su constitución por un cambio violento, sino por la pérdida de la visión del fin de la existencia humana, es imposible igualmente que la acción nuestra, aun dirigida de modo inmediato a lograr el bienestar moral y material de los hombres socialmente considerados, pueda encerrarse en el terreno estrictamente social. Para combatir el mal social es forzoso comenzar por combatir los males individuales. Es preciso para ello poseer una concepción clara del hombre y de la vida, que sólo puede darnos la filosofía católica. Es preciso conocer la vida y el culto de la Iglesia, en el que se refleja su sentido social, y para ello estudiar la historia eclesiástica, los escritos de sus doctores, las vidas de sus bienaventurados, conocer siquiera sea someramente su liturgia, que nuestra fe sea en suma el obsequio racional de que habla San Pablo, y que, siéndolo, y cooperando nuestra voluntad y nuestro corazón lleguemos en lo posible a realizar en Cristo nuestra vida individual, familiar, profesional, cívica. Nada de esto puede ser indiferente desde el punto de vista social. Así, si consultamos el programa de los círculos de estudios franceses, observaremos que lo propiamente social proporciona algunos pero no todos los temas de deliberación o de estudio (2); si seguimos la acción social católica en otros países Alemania por ejemplo, veremos cómo se acentúa su carácter religioso hasta el punto de confundirse a veces con la propiamente tal. Las mismas reformas de carácter puramente social suscitan problemas de índole moral. Así, la implantación de la jornada de ocho horas ha hecho pensar en el modo de utilizar los obreros esas horas ganadas a su cultivo físico y moral. Hay que felicitarse por ello. La acción social no consiste sólo en hacer préstamos a bajo precio a los labradores, ni en defender a los obreros por serlo... Todo eso es una parte mínima de su esfera de acción. Es la labor por la reconstrucción cristiana de la sociedad, que tiene que empezar en las ideas y en los sentimientos.

(1) Merecen citarse a este respecto las conferencias del profesor de Derecho público de la Universidad de Nancy, J. Renard, recopiladas con el título de *Le Droit, la Justice, la Volonté*, París, 1924.

(2) He aquí las diferentes rúblicas que contiene el programa anual para los grupos de estudios de Francia, de 1924 a 1925: *El pecado original, la formación de la voluntad, los deberes de Estado, la vida comunal, la Iglesia y los conflictos sociales, actualidades, centenarios*.